

SATIRA BRILLANTE:

**UNA CARTA PERDIDA**

Cuatro actos de Ion Luca Caragiale. Traducción de Héctor P. Agosti. Dirección de Federico Wolff. Escenografía de Mario Galup. Vestuario de Ema Varzi. Elenco de Teatro Universitario en el Victoria.

Es sorprendente que los equipos independientes hayan tardado tanto tiempo en llevar a la escena esta deliciosa comedia del rumano Caragiale, la más ingeniosa, hilarante y fresca sátira de la vida política y en particular de las andanzas electorales, y que repuesta hoy, parece, a pesar de sus setenta y cuatro años de escrita, teatro de circunstancias de la mejor ley.

La elección de un diputado en un pequeño y perdido pueblo de Rumania enfrenta a dos partidos, complica sus luchas con una historia de adulterio, una carta de amor que sirve para el chantaje, y agita a un conjunto de personajes típicos trazados con admirable pincelada realista por Caragiale. El rumano tiene una hábil capacidad para diseñar los tipos humanos —el intendente, el jefe de oposición, el policía— dotándolos de una verosimilitud que no excluye la burla, y permitiéndoles, dentro de la caracterización genérica, una respiración individual que los salva de una excesiva simplificación. Pero tiene además un sorprendente sentido de la economía escénica, subrayado por la respetuosa reducción de Wolff, y de la efectividad concentrada de las situaciones. Salvo en el tercer acto —evidentemente reiterado por falta de asunto— las escenas se imbrican dentro de un desarrollo coherente y fatalizado y obedecen a las diversas instancias, progresivas, de la línea argumental.

Además Caragiale comprende que la sátira debe estar en las situaciones mismas que arrastren con justeza a los personajes, lo que le dispensa de todo retoricismo o explicación abusiva, y por lo tanto su alegre censura adquiere agudeza mayor.

La versión ofrecida por el Universitario muestra una línea general de excelencia, en la que colaboran director y actores en forma homogénea, lo que marca un evidente progreso de este conjunto.

Ya Federico Wolff se había distinguido con la dirección de un programa de cortas de Schnitzler para ese mismo equipo, y aquí muestra más plenamente su capacidad. Fue él quien decidió la impostación farsesca extremada para la obra de Caragiale que es en rigor una comedia casi costumbrista. De este modo forzó las situaciones cómicas mediante un juego muy contrastado y mecánico, en un estilo de vodevil, y obtuvo además un sistema para disimular las posibles asperezas y endeblez de sus actores metiéndolos dentro de una macchietta muy marcada. Lo que ganó de este modo en golpes escénicos y en brillo, le hizo perder la sabrosura y el andar sutil del texto de Caragiale que a veces pareció un simple hilo para provocar efectos.

De mayor ajuste es su trazado de las máscaras de los actores, una de las cosas que más y mejor cuida Wolff, y a las que hace participar de su visión de lo teatral como impacto de brillo superficial, efectista y algo mecánico. Es un modo, y hasta puede ser un estilo, pero convendría prevenir, justamente hoy que es exitoso, contra su uso indiscriminado.

El rendimiento de los actores fue en general parejo y en varios casos superior a lo conocido. Podrían citarse casi todos; recordemos sólo a Francisco Murell y Bruno Musitelli por ser las más hilarantes composiciones; Dante Corrente, Toly Gultelman, Gustavo Castro, Ibañez, hicieron con esmero, con jocundia, sus papeles.

Un excelente vestuario de Ema Varzi acompañó las excelentes caracterizaciones; la escenografía fue cuidada, con buena utilería, aunque no acompañó el tono general de la puesta en escena.